



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 6

El cesarismo y las clases sociales

La clase popular en México —como en toda Latinoamérica—, es una clase social pasiva. No puede constituirse un Estado, mientras las clases sociales no formen un cuerpo político, afirma Bulnes. La personalidad ambiciosa del General Santa Anna y su gobierno cesarista “de pacotilla”, equivocó el camino, creando un “gobierno fuerte”, basado en calabozos y bayonetas.

Sobre el cesarismo y las clases sociales*

Una sociedad no es un organismo, mientras los organismos conocidos por clases sociales no funcionan de acuerdo para constituir un cuerpo político ó sea para formar el Estado con el verdadero poder social.

Hay clases sociales activas y pasivas; son activas las que ambicionan el poder para beneficiarse, y pasivas las que no ambicionan el poder y se muestran insensibles á los abusos gubernamentales que las afligen. Cuando en una sociedad todas sus clases son activas, se produce el gobierno democrático; cuando sólo hay una clase activa, se produce el gobierno oligárquico; cuando hay dos clases activas y una grande pasiva, se produce el estado de guerra entre las activas para hacer prevalecer por la fuerza sus intereses.

En Méjico, lo mismo que en todas las repúblicas latinoamericanas, la clase popular es pasiva, lo que ha dado lugar al choque constante entre las dos clases activas; la que ambiciona el gobierno por la tradición, y la que sueña con el gobierno por el derecho. Desgraciadamente, la clase media en la América latina, de origen burocrático en vez de industrial, es profundamente famélica, lo que hace que dispute más empleos públicos que principios republicanos. El fondo de la política latino-americana, es más que en ninguna otra parte económico; las clases medias sólo encuentran elementos de existencia en los empleos del Estado ó en el industrialismo. Faltando industria, el Estado tiene que alimentar á la clase media, y si no puede, está obligado á luchar incesantemente con ella, hasta exterminarla ó darle de comer. El aspecto político de la América latina, es el de la Roma republicana: clase patricia, plebeyos y mayoría del pueblo esclavos. La lucha entre patricios y plebeyos tiene que terminar siempre con el triunfo de los plebeyos, y cuando éstos por falta de capitales no pueden organizar una plutocracia ó cuando el Estado no puede ser bastante rico para constituir una burocracia, no queda más solución que el cesarismo con las modificaciones impuestas por el clima, la raza y la época.

Un gobierno sólo puede apoyarse en la tradición, en el capital ó en el derecho para gobernar; pero cuando la tradición es negada como elemento de gobierno por la clase social más fuerte, cuando no hay capitales, cuando no hay sentimiento ni carácter ni elementos económicos democráticos, entonces sólo puede formarse para intentar gobernar, el poder militar, único posible de ser improvisado.

Como en Roma, la clase patricia ha encontrado en la América latina sus Silas y los plebeyos sus Marios; en Méjico el General Santana Anna, resolvió

*En *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, 1905, pp. 109-112.

desempeñar alternativamente los dos papeles; fue Sila y Mario y acabó por por fijarse definitivamente en el papel de Sila; pero se condujo con tal grado de perfección, que pasó al cesarismo, dejando de representar los intereses de la clase tradicionalista para aplastar á todos con los de su ambiciosa personalidad. Santa Anna suprimió la lucha entre conservadores y liberales para verificarla entre su persona y la nación; sensible fenómeno característico del cesarismo, en su período último de desarrollo; la lucha de uno contra todos, que siempre acaba por el triunfo de todos. Esta es la historia del origen, desenvolvimiento y término de la célebre revolución de Ayutla.

Los pueblos tradicionalistas aman el sistema monárquico absoluto aun cuando aborrezcan al monarca; en los cesarismos los pueblos detestan el sistema aun cuando amen al César. El pueblo de las monarquías es creyente en el origen divino de su gobierno y no vacila en considerar horrendo crimen la pretensión de gobernarse á sí mismo: el pueblo de los cesarismos ambiciona la libertad, comprende sus derechos y se somete al sistema, fatigado por los fracasos de sus tentativas, convencido de su incapacidad pasajera para el gobierno propio, dominado por la corrupción ó desalentado por las anarquías. Pero si la anarquía y los fracasos fatigan, también fatigan las tiranías, y entonces tienen lugar formidables reacciones para libertarse aun ante el peligro de caer en la disolución. Los cesarismos duran según la regla general que presenta la historia, en razón del respeto relativo que el César profesa por los derechos individuales y sociales; en razón del bienestar relativo que su gobierno procura; en razón de los progresos materiales que realiza. El cesarismo dura mientras imita á un gobierno de derecho. La historia de Roma sólo presenta dos excepciones á esta regla.

En el cesarismo se gobierna á hombres cuyo ideal es la libertad, y por consiguiente, hay que compensar con algunos bienes la libertad que se les quita. El General Santa Anna no lo comprendió así, tuvo la debilidad de todos los césares de pacotilla, creer en los gobiernos fuertes con manos de hierro, siendo la derecha el ejército y la izquierda la policía. Actualmente el mundo presencia lo débil que es un *gobierno fuerte*, cuyas fuerzas son las bayonetas y los calabozos. El Zar de Rusia en un prisionero; el esclavo más agobiado de Rusia; la autoridad más desprestigiada y vacilante, y su triste estado no se debe por cierto á la falta de bayonetas y policía, ni á la de hecatombes, prisiones y crueldades. Mientras el pueblo ruso creyó con fervor en el origen, misión y obra divina del Zar, su gobierno fué fuerte; cuando el pueblo ruso ha cambiado de conciencia y desea libertades, el inmenso ejército y la innumerable policía sólo sirven al Zar para ahuecar más y más el abismo en que debe hundirse. La fuerza sirve para oprimir una anarquía, nunca para gobernar á los pueblos aun cuando éstos sean incultos.